



I CERTAMEN DE
RELATO CORTO



CASINO DE DALÍAS



GANADOR CATEGORÍA JUVENIL

Título: PROPULSADOS

Autora: Ana Alonso Atienza





Sobre la autora...

Ana Alonso Atienza en el momento de su participación en el Certamen tiene tan solo 15 años, estudia 4º de la ESO, reside en Pola de Siero (Asturias) y practica la natación en un club donde realiza travesías en aguas abiertas.



Ana Alonso comienza a escribir hace tiempo, pero se presenta a concursos desde noviembre de 2017 a raíz de un Certamen en el que participa con un trabajo de su instituto en el que quedó finalista (XVII Concurso literario de redacción de la Fundación Marino Gutiérrez).

Desde entonces ha obtenido los siguientes reconocimientos:

- Accésit con la obra “Jenazah” en I PREMIO DE RELATO CORTO Y CUENTO DE TAJAMAR (2018)
- Accésit con la obra “Reflejo” en el IV CERTAMEN DE MICRORRELATOS “JAVIER TOMELO” (2018)
- GANADORA JUVENIL con la obra “Quiero ser el verbo puedo” en el II CONCURSO DE RELATO CORTO Y POESÍA “VALDEGÓN” (2018)
- GANADORA JUVENIL con la obra “Te quieren princesa” en el V CERTAMEN DE RELATOS BREVES SOBRE “LA IGUALDAD COMO VALOR EN LA SOCIEDAD” (2018)
- I CERTAMEN DE RELATO CORTO CASINO DALÍAS (2018) GANADORA JUVENIL con la obra “Propulsados”



PROPULSADOS

Ana Alonso Atienza

Propulsados

Marion observaba con pesar el espacio urbano que se extendía ante sus ojos. Tenía miedo, por fin le había encontrado nombre a aquel sentimiento que afloraba en ella cada vez que debía hacer alguna de aquellas llamadas telefónicas. Estas hacían que la vida de unas personas desconocidas para ella, se hiciese cada vez más corta.

Giró instintivamente la cabeza hacia el gran reloj que se situaba en la pared de aquel minimalista despacho. Había luchado con firmeza para conseguir aquel trabajo, pero ahora que la realidad se cernía sobre ella, dudaba de que su elección hubiese sido la acertada.

Tenían un objetivo claro: preservar el legado corso. Debían de hacer entender a la gente la importancia de mantenerlos a salvo de los posibles acontecimientos. Córcega siempre había sido como la oveja negra del rebaño y esa era la oportunidad idónea de su partido para llegar a gobernar. Llevaban planeando aquello dos años. El proceso estaba cuidadosamente preparado y aun así, Marion no las tenía todas consigo de que ese proyecto tuviese éxito.

Se concentró en la pantalla de su ordenador, en el que rezaban las iniciales del partido político al que pertenecía: H.C. Hermanos Corsos siempre la había tratado bien y tenían las mismas ideas que ella en la mayoría de las cosas.

Cuando la trasladaron a la sede que el partido tenía en París, tuvo que cambiar los planes que hubiese hecho en otros contextos. Le resultaba difícil aceptar la gran diversidad de culturas que allí había. Las encontraba fuera de lugar y en algunas circunstancias hasta agobiantes. Ahora solo le quedaba seguir adelante con todas las consecuencias, por grandes que fueran.

El teléfono empezó a sonar. Esperó unos segundos para organizar sus pensamientos antes de responder. Al tercer tono y con todo su pesar, cogió el móvil.

-¡Marion! Ya pensaba que no me lo cogerías, ¿qué tal va todo por ahí? –Desde que conocí a Pauline en la manifestación que se organizaba en París sobre la necesidad de más seguridad en el país, ellas dos se habían hecho grandes amigas.

-¡Hola! Algo cansada, los últimos días han sido muy ajetreados. –Si ella supiera todo lo que tenían por delante...

-Ya decía yo que era muy extraño que no me llamasen. ¿Te apetece quedar para tomar algo?

-Claro, ¿dónde siempre?

-Por supuesto, te veo allí a las doce. –Dicho esto Pauline colgó el teléfono y Marion ya estaba más relajada. Se levantó de su asiento, recogió el bolso y acto seguido marchó de aquel despacho de grandes ventanales.

Sam la vio irse. Alzó extrañado la mirada pero no dijo nada y siguió a lo suyo. Quedaban pocas horas para el gran golpe y todo tenía que estar en su sitio. Ya se encargaría luego de decirle a Marion las normas que tenían allí, en París.

La plaza de la Concorde se extendía ante ella con el obelisco egipcio como punto de encuentro mientras que la noria, que bien temprano había empezado a funcionar, daba vueltas al compás de las agujas del reloj.

Pauline la saludaba con la mano desde la terraza de una de las cafeterías de los edificios del lado izquierdo. Corrió a su encuentro mientras dejaba atrás a los artistas callejeros que se ganaban la vida pintando retratos y lugares emblemáticos de la ciudad.

-¡Hola! ¿Llevas mucho rato esperando? –Preguntó con un tono de culpa en la voz.

-¡Qué va! Anda siéntate, tenemos mucho que hablar.

Propulsados

Hablaron y hablaron en aquella terraza del centro de París. Pauline se había dado cuenta de toda la importancia que le estaba dando su partido a las tradiciones y a los inmigrantes. Tenía opiniones diferentes a las de Marion y se lo hacía constar diariamente. Ella defendía la igualdad entre todos y aunque sabía que quedaba mucho, pensaba que el partido que su amiga defendía era algo ilógico y sin salida.

Era un misterio como dos personas tan diferentes pudiesen llegar a ser amigas. Marion pensaba que no tenía futuro que tantas personas diferentes conviviesen juntas en el mismo lugar. Se decía que eso haría de su país un lugar peligroso. Esa idea era la que defendía con ímpetu su partido.

Pauline se desesperaba. Sabía que su amiga solo había estado en Córcega y no había visto mucho más de aquel diverso mundo al que pertenecían. Ciertamente era que ahora Marion se encontraba en París. Pero aun así, parecía que no había abierto los ojos ante toda la magnitud de pensamientos que pasaban a su lado cada segundo. Eso hacía que no apreciase el mundo que la rodeaba. Gente de todas partes y culturas era lo que se necesitaba para que se pudiese prosperar. Marion había crecido en la seguridad; y cualquier cambio que alterase aquella subjetiva estabilidad, la modificaba.

Se alegraba de que Marion hubiese sido trasladada a París, así podría observar todas las diferentes razas y pensamientos que podían llegar a convivir sin ningún problema; en paz. La labor de Pauline era que su amiga se diese cuenta de la idea tan extravagante que H.C defendía.

A parte de todo esto, habían llegado a ser tan amigas dado su compromiso con el país. Cuando eran jóvenes, la seguridad que rodeaba las calles era más bien escasa. Por ello se habían organizado multitud de manifestaciones para dar a visualizar el gran problema que esto podía originar.

Ahora H.C había llevado a un límite semejante idea. Argumentaban su idea de la independencia diciendo que aportarían más seguridad. Pauline no se explicaba todo aquello. Observó a lo lejos la Torre Eiffel y se preguntó qué clase de idea defendían cuando solo hacía falta pasar al lado de esta para entender que el problema no estaba en la seguridad.

Ya no se podía avanzar tranquilamente por los llamativos Campos de Marte. Después de que se hubiese amenazado con atentar contra el monumento más simbólico de la ciudad, se habían instalado grandes controles de seguridad que restringían todo el acceso a posibles incidentes.

Las enormes cristalerías a prueba de balas, rodeaban la torre como si estuviesen vistiéndola. Gente uniformada hacía registros las trece horas y media que estaba abierta a todo individuo que deseara subir.

A Pauline le parecía suficiente seguridad, había cumplido con su deber al asistir a aquella manifestación. Estaba segura de que había llevado a cabo su objetivo y no entendía como Marion no se daba cuenta.

Cierto que seguían ocurriendo accidentes pero ella lo atribuía al pensamiento que esas personas se habían ido labrando desde pequeños. Ella le echaba la culpa a la educación que estos recibían. Normalmente estas personas vivían a las afueras de las grandes ciudades y en barrios poco dignos. Esto hacía que muy pocos profesores fueran los que querían ir allí a dar clases. Y los que iban, normalmente no se quedaban el suficiente tiempo como para enseñar algo. Por eso crecían en la ignorancia y eso era lo peor que le puede pasar a un niño que se convertirá en adulto.

A sus comienzos trabajando como profesora. Había estado como interina en uno de estos colegios y sabía de primera mano lo difícil que es cambiar la opinión a cuantos allí

Propulsados

estudiaban. Era verdad que estaban en Francia pero en esos colegios no se escuchaba el francés por ninguna parte. Hablaban en el idioma del que procedían y no se les enseñaba nada de provecho. Normal que luego tuviesen esas ideas tan alocadas.

Pauline movió inconscientemente la cabeza de un lado a otro. Se detuvo para mirar a Marion. ¡Cuánto apreciaba a aquella chica! Pero estaba claro que sus ideas no encajaban. Se preocupaba por ella y sabía que H.C no la estaban ayudando en absoluto.

Una canción de Carla Bruni empezó a sonar de repente. Le encantaba ese género musical. Había escuchado cantidad de tipos de música diferentes viajando por todo el mundo pero definitivamente la *variété* era el que más le gustaba.

-¿Hola? –Marion cogió el teléfono y el tono de llamada se cortó. Ya estaba ella con sus llamaditas. Últimamente estaba de lo más agobiada y a Pauline no le daba buena espina. Se acercaban las elecciones y a ella se le contraía el corazón cada vez que oía algunas de las encuestas que anunciaban que esta vez, Hermanos Corsos conseguiría algún diputado en las Cortes. El monstruo crecía sin control.

-Me acaban de llamar del trabajo, tengo que irme. –Su cara reflejaba vergüenza y a Pauline se le escapó una carcajada por la gracia que esta le hacía. Estaba tan ocupada que ya pocas veces hablaban como antes. Y era algo que echaba en falta.

-Ve mujer, ve. –Dijo sonriendo –Ya me comeré yo la deliciosa *crêpe* que vas a dejar.

-¡De eso nada! –Se levantó de un salto del asiento y cogió al vuelo su almuerzo -¡Esta se viene conmigo!

Las dos se empezaron a reír como hacía tiempo que no lo hacían. Marion miró el reloj y le lanzó una mirada de perdón mientras se iba dirección a las oficinas.

Le encantaba estar con Pauline pero el tiempo le había pasado volando. Ya eran más de la una y hacía tiempo que había acabado su descanso. Sam había llamado enfadado, a tan pocas horas del gran golpe, se necesitaba la máxima colaboración.

Se dirigió con paso decidido hacia la catedral de Notre Dame. Se detuvo un momento para apreciar los enormes arbotantes que surgían de las altas paredes de la catedral. Y los capiteles, con sus gárgolas de bulto redondo presidiendo el lugar, hacían que quisieses seguir contemplándola. El sol, que ya estaba en el punto más alto de su recorrido hacía que los colores de los rosetones brillasen todavía más. Era un placer contemplar semejante monumento.

Le gustaba a donde la habían destinado pero no se podía comparar con su querida Córcega. Pasó por los jardines y calles del Barrio Latino. Observaba los puestos cazaturistas que había a cada lado de las calles y como las sudaderas de la universidad de París, la Sorbonne, se vendían en segundos. Los *bistrot* se llenaban enseguida dada la hora que era y los camareros ya habían empezado a repartir las primeras comidas de la tarde.

Marion se dio aún más prisa. Sabía que la reñirían por llegar tarde y no tenía excusa. Vio a lo lejos las relucientes oficinas al otro lado del Sena. Cruzó el puente a gran velocidad dejando atrás una de las entradas del metro, el tercero más grande de Europa después del de Londres y Madrid.

Sam la estaba esperando a la entrada de su despacho. Estaba realmente arisco. No paraba de dar golpecitos con el pie al reluciente suelo.

-¿¡Se puede saber dónde te habías metido!?! -Gritó cuando la vio salir del ascensor - Necesitamos el mayor número de gente posible en estos momentos.

Propulsados

Marion no contestó, sabía que no valía la pena hacerlo. Después de todo, tenía razón. Se dirigió a su despacho con Sam pisándole los talones. Seguro que quería que comprobase algo: horarios, equipamiento, pruebas...

-Necesito que verifiques la hora exacta a la que sube el último ascensor a la torre. Mira a ver la lista de reservas por si hay alguna persona importante que se haya apuntado recientemente. Ya sabes que eso no es lo que nos interesa; los civiles son nuestra prioridad.

A Marion le estremecía la frialdad con que su jefe hablaba de los ciudadanos. Trataba como animales a aquellas personas que no pertenecían a su clase social. En cambio, a las restringidas, las adoraba y las ponía en altares. Ella no compartía su opinión y deseaba con todas sus fuerzas que no todos los políticos que trabajaban en H.C compartiesen la misma ideología que él.

Cuando Sam se perdió de su campo de visión, Marion se puso a trabajar frenéticamente. Todo tenía que estar en orden y al día siguiente, algo revolucionaría el país entero. Marion sonrió para sus adentros; pronto se reuniría con su preciada Córcega.

Aquel día se quedó trabajando hasta tarde. A la noche siguiente todo tenía que estar listo y no se podía permitir ningún descuido. Revisó las listas como Sam le había pedido. Ningún cambio desde el día anterior. Marion respiró tranquila y siguió comprobando otras cosas.

Revisó primero la lista de material. Le dio un rápido vistazo ya que se le ponía el vello de punta al leerlo. No quería preocuparse por el método, lo que le importaba era el resultado. Aun así, se estremecía inconscientemente por el hecho de que quedasen tan pocas horas.

Antes de irse al hotel en el que estaba alojada, dedicó unos minutos de su sueño a contemplar las queridas fotografías que la observaban desde los pequeños marcos de fotos que tenía a cada lado. Allí se encontraba su familia corsa al completo. Con el corazón en un puño y un tanto melancólica, salió del edificio que tantas oportunidades le había brindado.

Amaneció nublado y con un rápido vistazo a la pantalla de su móvil, supo que iba a llover. No había dormido mucho. La conciencia le carcomía por dentro pero ella intentaba mantener los pensamientos a un lado. Deseaba concentrarse al máximo posible.

Se vistió rápidamente y se aseó un poco. No le importaba que se le notaran las ojeras; hoy no tenía ánimo para nada. Por eso cuando salió a la calle, no le apetecía recorrer andando el trayecto hacia la oficina. Por corto que fuese, prefirió ir en metro.

Tenía pensado cogerlo en una de las estaciones de los Campos Elíseos. Apreciaba que hubiesen relacionado aquella extensión con los idílicos campos que en la mitología se le daban al paraíso de los héroes fallecidos.

Dejando atrás a las grandes tiendas de marcas, llegaba a una de las entradas del metro. Normalmente odiaba ir en él. Era muy estrecho y quieras o no, mantenías contacto físico con algunas de las personas que optaban por este servicio público. Y Marion detestaba que hubiese tanta gente diferente con la que relacionarse. Pero hoy había decidido hacer una excepción.

-Buenos días, Solange te espera. –Le informó Lena, la secretaria. Desde que había empezado a trabajar allí, se habían llevado bien. No habían intimado mucho pero lo poco que habían hablado, le había parecido una persona seria y elocuente. Tal vez ella era una de las razones por las que pensaba que H.C no era tan mal sitio.

Propulsados

-Hola, dile que voy enseguida. –Se volvió dirección al ascensor mientras Lena llamaba para comunicarle su respuesta. Solange era la supervisora. Una señora de carácter fuerte con las ideas muy firmes. La admiraba y Marion pretendía, en un futuro, llegar a ser como ella.

Llegó a la planta superior, que era en la que se encontraba la mayoría de las personas más importantes del partido. Se dirigió con paso decidido hacia donde estaba. Tenía en sus manos las carpetas que indicaban todos los horarios y listas que ayudarían a su partido a ganar las elecciones (o eso era lo que esperaban todos).

-Siéntate. –Le ordenó después de intercambiar los saludos indicados. –Esta noche, te encargarás de todos los movimientos.

Marion tragó saliva y asintió con un golpe de cabeza. Era una ardua tarea pero haría todo lo posible para llevarla a cabo. Se despidió de Solange después de la corta conversación que habían mantenido y se dirigió a su despacho; quedaba mucho por hacer.

Cada hora que pasaba se le hacía más difícil. Sus pensamientos no la dejaban en paz y no sabía si lo que quería era que todo acabase ya o que se retrasase. Efectuó las llamadas necesarias y aprovechó para saludar a su familia. Esto lo hacía por ellos, se recordó.

La hora de la comida le pasó volando, no había podido quedar con Pauline porque esta, se encontraba haciendo unas horas extras como profesora en la Sorbonne. Se alegraba de que la hubiesen aceptado allí. Era una buena profesora, acorde con su persona y además, no lo había tenido fácil desde el principio.

Marion se estremeció al recordar el momento en el que hablaron de ello. Pauline se enfadó bastante con ella por no aceptarlo. Claro que siempre habían tenido ideas diferentes y eso hacía que hubiese roces entre ellas. Disipó los pensamientos, no quería que el recuerdo de su amiga se empañase por los prejuicios.

Alrededor de las seis de la tarde, un revuelo silencioso se apoderó de todo el edificio. Cada uno de los empleados ocupó su lugar mientras que un pequeño grupo compuesto por tres participantes se reunía en la planta baja. Todos estaban nerviosos pero sabían que si alguien dudaba sería el fin del proyecto por el que habían sacrificado mucho.

Marion bajó al primer piso para conocer a los tres individuos que darían su vida por el partido y así recordarles todo lo que tenían que hacer. Logance, una compañera suya de planta, se encargaría de revisarles el material. Esperaban que valiese la pena.

Cuando los vio ahí, de pie sobre aquel frío suelo de mármol, Marion no pudo evitar pensar que tal vez existiese otra alternativa. Sus rostros no expresaban ninguna emoción en particular. Evitó mirarlos a los ojos y procedió a hacer los registros. Le habían dado los datos de cada uno haría cosa de dos meses. Habían sido elegidos dada su complejión. Cada uno resaltaba en algo.

Paolo era el mayor de aquel grupo y había estado trabajando en H.C como ayudante. Fue una de las primeras opciones para realizar la tarea pero Marion no sabía el porqué. Era fuerte y sería uno de los encargados de pasar el material de un lado a otro.

El caso de Audrey fue al contrario, esta se presentó un día en el despacho de Sam como voluntaria. Que conociese ella, nadie sabía su motivo. Aun así, era de gran utilidad ya que nadie se fijaría en ella al pasar los controles.

Propulsados

Y el último era Damián. Era pequeño y tenía un extraño afán sádico. No era de los mejores candidatos a ir pero como no había nadie más que quisiese participar, se le dejó cooperar. Este ayudaría a Paolo. Así habían sido distribuidas las difíciles tareas.

-Audrey, te quiero en la fila para subir a las nueve, tienes un margen de error para pasar los controles de una hora. Esperemos que no haya mucha gente. –Empezó a citar Marion refiriéndose a la chica. Esta asentía con la cabeza a cada palabra. Era necesario que todos estuviesen compenetrados.

-Vestirás ropa normal: una blusa oscura, unos vaqueros, unas botas y una chaqueta de cuero. Debajo de esto llevarás un chaleco del que colgarán las cuerdas. Marion ha comprobado quien se encargará de la seguridad esta noche. Y como contábamos desde hace meses, son hombres. Por tanto, en el primer control no te podrán cachear. Ellos te pasarán el detector de metales y ya nos hemos encargado de que no tengas metal por ninguna parte. –Le explicó Logance, todo el material lo había diseñado ella.

La adrenalina corría por las venas de Marion cuando se dirigió a Paolo y a Damián:

-Vosotros, a las nueve y media estaréis detrás de los muros de hierro de la parte este. Tendréis una mochila cada uno. Cuando Audrey haga la seña acordada, tirareis las mochilas al otro lado y acto seguido iréis a la fila. Tenéis otro margen de error de media hora. Mientras tanto vuestra compañera habrá sacado las entradas y os esperará en la cola del segundo control. Esperamos que lo paséis rápidamente. –Marion se detuvo a coger aire y prosiguió –Iréis vestidos de manera semejante: camisa lisa de distinto color cada uno, botas y vaqueros negros.

Logance les dijo con la mirada que eso era todo. Y una vez cambiados y con todo el material se dispusieron a entrar en acción.

Habían alquilado un autobús escolar. Sabían que París era de uno de los mejores sitios para un viaje de estudios y no llamaría la atención. En cambio, uno especializado daría mucho el cante y eso no era lo que ellos pretendían.

Seis era el número de personas que irían en el vehículo. Contaban con un conductor, los tres móviles y dos refuerzos que los acompañarían hasta el primer control. Además, contaban con unas cámaras que pendían de los broches que todos llevaban incrustados en la prenda de arriba.

Marion los observaba a través de las cámaras desde su despacho, temerosa de que algo no saliese según lo planeado. Seguía todos los movimientos del autobús y por eso, cuando divisaron la torre entre la oscuridad, ella sabía que solo era cuestión de unas pocas horas para que todo sucediese.

En el autobús, el ambiente era tenso. Nadie hablaba y cada uno de ellos repasaba cuidadosamente todo lo que tenían que hacer. Cuando por fin llegaron, todos se pusieron en movimiento. Los dos refuerzos les indicaron otra vez todo lo que tenían que hacer. Se iban a quedar en el autobús junto al conductor. A partir de ese tramo, lo tenían que hacer ellos tres solos.

Salieron del autobús de uno en uno. Caminaron hacia donde estaba la entrada y allí se separaron. Audrey se quedaría esperando en la cola mientras que Paolo y Damián iban a la parte este de la torre a esperar. Estaba oscuro y nadie parecía notar su presencia.

Se acercó a la entrada. Había poca gente por tanto tendrían más tiempo para montarlo en la cima. Quedaban solo cinco personas y Audrey notó como le empezaban a sudar las manos. Cogió la botella de agua que había llevado consigo en el autobús y bebió un poco a ver si se le pasaba el sofocón.

Propulsados

-¿Vas sola? –Le preguntó el seguridad en un francés impecable.

-Sí. –Respondió ella tragando saliva.

-No se puede entrar con botellas de agua.

-Perdón, no lo sabía. –Dejó el envase en la mesa que había a la izquierda y se propuso a pasar por el detector de metales.

Marion lo observaba todo al mínimo detalles y se ofuscó un poco con lo de la botella. Eso no entraba dentro de los planes. Decidió no darle importancia pero su asombro creció en cuanto vio pitar al detector de metales. Logance, que estaba a su lado contemplando la pantalla, abrió los ojos de sorpresa.

El hombre que estaba detrás del control se acercó a Audrey para averiguar qué era lo que había producido el pitido. Le mandó que abriese los brazos en forma de T. Acto seguido le levantó un poco la manga de la chaqueta para comprobar, como él imaginaba, que se debía al reloj de muñeca.

-Pasa. –Le indicó. Audrey respiró aliviada. A punto habían estado de pillarla. Mientras tanto, el edificio entero de H.C suspiraba de alivio pendientes de sus pantallas.

La chica se dirigió con paso firme al muro de la parte este. Anteriormente ya había acordado con sus compañeros la posición en la que sucedería el intercambio. Audrey empezó a toser fuertemente, esa era la señal acordada.

Unos minutos después, dos mochilas pasaron volando por el muro. En el lado opuesto, Damián se había subido a hombros del alto de Paolo. Y con un brazo fuerte y moderado, lanzó las mochilas que una intrépida Audrey cogió al vuelo. Acto seguido los dos se fueron al primer registro.

Ella se dirigió con las mochilas, una a cada hombro a sacar las entradas para subir a lo alto de la torre. Se permitió mirar hacia arriba y contemplar al monstruo de hierro que Gustavo Eiffel había creado. Sacó los billetes rápidamente ya que, cuando se trataba de pagar, las colas descendían de manera atroz.

Miró el reloj, las diez menos veinte. Debían darse prisa para llegar a lo alto de la torre a las diez en punto. Eso era lo que habían planeado.

Se puso a la cola del segundo control, era el más difícil de pasar y por eso debían de cooperar juntos. Se preguntaba dónde estarían Paolo y Damián ya que se estaban retrasando. Al poco, aparecieron con paso decidido hacia donde ella estaba. No se saludaron y apenas intercambiaron palabra. Debían concentrarse en lo que les venía a continuación.

Quedan cinco personas por delante y ellos se apresuraron a analizar la situación que ya les habían comentado. Había dos hombres a cada lado. De los que Paolo y Damián se encargarían de distraer mientras Audrey pasaba las mochilas (con su reloj dentro) por la mesa que tenía a la izquierda y que no tenía posibilidad de contacto con el control de metales de afuera. Normalmente las mochilas se meterían por un escáner como el de los aeropuertos que, con rayos ultravioleta veían el interior de las mochilas. Y eso era lo que menos querían ellos.

Por eso, cuando les llegó el turno, Damián empezó a hablar con el segurata que tenía a la derecha. Estos ya estaban cansados después de una larga jornada de trabajo, habían venido muchas visitas y agradecían cualquier rato de conversación. Paolo, con su gran envergadura, entabló conversación con el de la izquierda a la vez que cubría su campo visual.

Propulsados

Mientras tanto, Audrey pasaba cautelosamente las mochilas sin que estos se diesen cuenta y dejaba atrás los controles. Cuando los chicos dejaron de hablar y pasaron sin problemas la seguridad, todos respiraban aliviados. Habían pasado la parte más cruda del camino. Ahora les tocaba el final de la fiesta.

Hermanos Corsos sentía que su objetivo se estaba cumpliendo cada vez que aquellos tres chavales se adentraban más en la Torre Eiffel. Pasaron la barra en la que un señor recogía los billetes. Audrey distribuyó los que tenía entre sus compañeros y pasaron sin problemas.

Estaban dentro. Esperaron al ascensor que los subiría a lo alto. Y de paso, miraron los relojes, las diez y cuarto. Iban justos de tiempo y por eso debían de ser rápidos, a las once cerraban el acceso. Subieron sin mediar palabra en el ascensor, ya conscientes de lo que venía a continuación. Todo tenía que salir bien.

Paolo observó abrumado la cantidad de gente que hacía este último viaje. No podía dejar que eso le afectase. Miró de reojo a sus compañeros cuando hicieron el transbordo en la primera planta para coger el último ascensor que los llevaría a la tercera. No mostraban sus sentimientos al exterior, aunque sabía, que un bullicio de emociones les abatía por dentro.

Subieron, y un viento helado les acarició la cara dejando al descubierto la magnífica vista de la ciudad entera. Pasaron al lado de la caseta en la que se encontraba el despacho de Gustavo Eiffel, con todos sus cuadernos de viaje y diseños arquitectónicos. Se colocaron en un pequeño espacio alejado de la gente. Abrieron las mochilas y silenciosamente, codo con codo, empezaron a trajar.

Una sola bomba. A Marion, junto al partido, les parecía un precio justo para poder proclamar así la independencia de su país. El proyecto consistía en planear un atentado,

con el fin de que los corsos admitieran que tener a Francia con ellos no era un buen método de supervivencia. Que estarían mejor separados, más seguridad, más patriotismo era lo que aquel pueblo necesitaba.

Por eso habían ideado tan descabellado plan. Cuando la bomba estallase, H.C actuaría. Se pondría a funcionar como nunca antes lo había hecho. Harían publicidad, les harían creer que podían actuar solos. Y se lo creerían. Porque hay que estar bien informado, preocuparse por la sociedad, entenderla y aprender de los errores para saber que H.C hacía retroceder a la sociedad: racistas y nazis serían los términos más acertados para describirlos. Pero hay que ser consciente de tu vida para saber el daño que hacen este tipo de partidos. Porque hay muchos, en la sombra y al acecho.

Nadie se daría cuenta que este partido era el único causante del atentado. H.C había preparado cuidadosamente todas las pistas para que la culpa y las pruebas recayesen sobre el Estado Islámico y así aprovecharse de la situación de los inmigrantes.

Todo estaba preparado en la idea tan descabellada que habían tenido personas que estaban mal de la cabeza; porque no tenían otro nombre. Y entre ellas, se encontraba Marion. El edificio entero tenía unos ideales que nadie comprendía pero que todo el mundo aceptaba sin mediar palabra. Unos ideales bañados en la ignorancia de cuantos lo rodeaban y que, con el paso del tiempo, se fue haciendo cada vez más potente.

Por eso, cuando a las once en punto de la noche, la parte superior del monumento más emblemático de la ciudad saltó por los aires, destruyendo así familias, hogares, cuerpos, personas, sentimientos e ilusiones y sobre todo vida, en la historia de la humanidad se dio un paso atrás. Porque en vez de avanzar, retrocedemos.